

Susurros de belleza

Rosa Ventrella



ROSA VENTRELLA

SUSURROS DE BELLEZA

Traducción de Mónica Herrero



“Desde la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1950, una inmersión en el sur de Italia a través de los destinos de las mujeres, todo escrito por la nueva Elena Ferrante.” La Repubblica

Cuando ya todo ha ocurrido, Teresa, reconstruye su historia familiar. Hay un hilo de nostalgia en su voz, animada también por un ligero remordimiento. Su hermana menor acaba de morir; ese el detonante para el viaje al pasado, a los cuarenta y los cincuenta, en la Puglia, en la Italia dura y profunda. Ahí nacieron ambas, en un ambiente de pobreza que sin embargo no impide la alegría. Al calor de la chimenea, escuchan inolvidables leyendas; en los inmensos campos cultivados, se respira la libertad y el ensueño.

Pero llega la guerra. El padre, Nardo, es reclutado al ejército, y quedan tres mujeres solas frente a la adversidad y la privación: las hermanas, y Cateri la madre de ambas, una mujer de una hermosura que deslumbra y hechiza. La alegría se esfuma; la pobreza las cerca; los campos cultivados revelan lo que en verdad son: tierras de un impiadoso Barón que somete a los campesinos y codicia a Cateri. Un hombre acostumbrado a obtener lo que desea.

No será la única violencia que sufra Cateri, acaso ni siquiera es la peor. Su belleza la condena, como dicen en el pueblo; los rumores malévolos se esparcen. Cuando el padre regrese de la guerra, encontrará un mundo convulsionado. Una casa donde ha crecido el silencio, disputas por la tenencia de la tierra, una hija, Angelina, tan hermosa como la madre, y decidida a salir de la pobreza pagando el precio que haya que pagar. Quizás más alto de lo que pensaba.

Ventrella, Rosa

Susurros de belleza / Rosa Ventrella. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa,
2021.

Libro digital, EPUB

Traducción de: Mónica C. Herrero.

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-628-604-6

1. Narrativa Italiana. 2. Novelas. I. Herrero,
Mónica C., trad. II. Título.

CDD 853

Título original: *La malalegna*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Edición en formato digital: abril de 2021

Publicado por primera vez en Italia por Mondadori Libri S.p.A. Milano Publicado
por acuerdo con Walkabout Literary Agency

© Rosa Ventrella, 2019, 2021

© de la traducción Mónica Herrero, 2020, 2021

© de la presente edición Edhasa, 2020, 2021

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Diputación, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN 978-987-628-604-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Créditos

Dedicatoria

Tierra de Arneo, 1979

La espera

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Las flores del viento

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

El mosaico grande

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Al borde del pozo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis hijos

La miré con mis mortales ojos la única vez.
Y su silencio fue como el de un jardín cerrado.
Ella no dijo nada.
Y yo no dije nada.
Yo iba a donde todos van...

CÉSAR ANTONIO MOLINA, *Fuga de amor*

Tierra de Arneo, 1979

¿Qué sé de nosotras?

De mi hermana recuerdo el tul del vestido de novia, la felicidad de cuando se sentía la reina de su reino de cosas y miradas, la voz que gritaba desde el callejón el nombre de mi madre, un sonido agudo ligeramente distorsionado.

Me pasa de soñarla de noche, de escucharla. Persigo el eco de un sueño lejano que me arrastra hacia abajo, hasta las tierras de mi infancia. Una tierra boscosa que nos rodeaba hasta donde alcanzaba la vista, con el lomo erizado, como una inmensa manada de búfalos. Luego, de repente, la voz de mi hermana desaparece y me precipito en el vacío de la noche. Tomo de la mesita de luz el retrato que tenemos juntos los cuatro, Angelina, mamá, papá y yo. Sonrío frente a la mirada férrea de él y a la belleza de mi madre.

Recuerdo las noches frías del mistral, cuando frente al fuego encendido, Angelina y yo nos quitábamos los zapatos y las medias gruesas para agarrarnos los pies con las manos. En esos momentos, siento que alcanzo una felicidad repentina, inmotivada, que no se parece a nada y que ha permanecido intacta en algún lugar.

Recuerdo los callejones de piedra calcárea, abajo en Copertino. Ni siquiera la luz se insinuaba entre aquellas calles escuálidas y tortuosas. Y las casas tan cerca unas a otras que, por la mañana, las comadres conversaban desde las ventanas, sentían el olor de la salsa de la vecina de enfrente a la hora del almuerzo o colgaban las sábanas de un extremo al otro de los edificios. Luego, un poco más lejos, los campos espinosos, los bosques de encinas, los montículos de tierra tapizados de zarzas. Las leyendas sobre los lobos y los seres fantásticos que vivían en esos lugares desolados rondaban por los barrios, volaban sobre las piedras calcáreas como las brujas en el Medioevo. En los días de invierno, entraban en las casas a través de las corrientes de aire bajo las puertas y envolvían los tobillos de los niños como travesuras de genios malvados. Nonna Assunta nos tomaba del brazo a Angelina y a mí, mientras mamá revolvía las verduras en la olla. La narración adquiría voz. Como un sedante, un narcótico, un líquido dulce, generoso y caliente que penetraba en la piel.

Angelina interrumpía todo el tiempo la voz monocorde de la abuela. Preguntas impertinentes, aire de desconfianza, el chasquido sonoro de la lengua en el paladar cuando le disgustaba algo. Yo anotaba todo. Registraba cada cosa.

Cuando todavía ahora pienso en ella, en Angelina, siento un nudo en la garganta que me impide tragar. Y la nostalgia de un dolor queridísimo. Los recuerdos de los momentos que pasamos entonces se mezclan con aquellos tristes de los años por venir. Mamá se entretenía horas en

nuestra habitación de niñas, quitando el polvo de la muñeca hecha de pañuelos enrollados, con botones en lugar de ojos y la boca cosida; repasando las cortinas, cambiando la ropa de cama, esponjando la almohada intacta, doblando el camisón, quitando algún cabello todavía enredado en las cerdas del cepillo, mirándose aflorar a través del reflejo de los objetos, de los vidrios y de los espejos.

Las últimas palabras que le dirigí a mi hermana las pronuncié desde lejos, susurrándolas sólo para mí. La última mirada, en cambio, la deposité sobre su cuerpo sin vida, sobre la blancura de sus brazos, sobre la piel que parecía hinchada y marchita. He visto en su carne las huellas de todas las acciones que no haría nunca más, los tobillos arañados, las uñas cuidadas, los dedos de los pies largos y flacos. Siempre me habían parecido feos sus pies. Demasiado flacos, los dedos alargados sin armonía y el dedo gordo, por el contrario, chato y grande. Quizá sólo buscaba encontrar defectos lo suficientemente evidentes para borrar esa apariencia de perfección. Conté los segundos que pasé mirando sus pies sin vida. Veintidós. Como los años que había vivido. Con los ojos cargados de lágrimas, miré su cuerpo. Un pie derecho, los dedos fijos en su inacción, el otro ligeramente torcido, como en una pose que salió mal.

Ahora sé que es por eso que me quedé. Para contar la historia de todos nosotros. Despacito, despacito, como decía nonna Assunta, partiendo del principio.

—¿Y dónde comienza? —me pregunta mi padre.

Quizá él ve la tristeza que llega desde lejos. Me sorprende inesperadamente, sobre todo durante el sueño. Siento su agitación imperceptible en la noche, como un ruido de pasos distantes, un croar de un sapo. ¿Qué sé de ella?, me pregunto. ¿Qué sé de nosotros?

—En la mala suerte —le respondo.

Es desde ahí que debo comenzar. Desde cuando la mala suerte se metió en nuestras vidas.

La espera

1

La casa tenía un solo ambiente, dividido en dos por una cortina que servía para separar el sueño de la vigilia. Los colchones de la vajilla. En la mitad más cercana a la puerta había una mesa y cuatro sillas. Una ventana daba a la calle, la otra al patio, presidido por un madroño. En el piso, caca de gallina.

Yo era una niña extremadamente flaca. Un pajarito piel y hueso. Mamá y la abuela se volvían locas por hacerme comer un bocado. Yo hacía una bola de alimentos en la boca y la custodiaba adecuadamente, sin conseguir tragarla. Nonna Assunta arremetía contra mi madre: “¿Qué esperabas? Tiene la lombriz solitaria o el mal de ojo. Algo tiene que tener. No es normal”.

Me gustaban pocas cosas. El orden era una de ellas. En primer lugar, alisaba con las manos mi lindo delantalito, me arreglaba el moño almidonado y acariciaba mi cabello suave y sedoso recogido en dos colitas tan tirantes que parecían que me arrancarían el cuero cabelludo. Si sentía que se aflojaba el elástico, lo apretaba hasta que los ojos se me alargaban en una tensión nada natural. Otra cosa que me gustaba era mirar a mi madre, su forma de caminar. Se movía con la gracia de una bailarina descalza, apoyando la punta de los dedos y manteniendo el cuello vertical. Mi

hermana y yo imitábamos a menudo esa postura erguida suya. Caminaba así también por la calle y atraía las miradas de los hombres, que olían el rastro de su belleza, y las de las mujeres, que la miraban disimuladamente. También las vecinas la miraban con envidia, aunque disfrazada de cortesía.

La maledicencia estaba por todas partes y perseguía a mi madre, que debía esquivarla a cada paso; caminaba por las callecitas, por la espiral de la escalinata torcida que llevaba a la plaza, se chocaba contra las damajuanas de aceite fuera de los molinos, penetraba en los ojos de los asnos atados a las carretas de fruta, contagiaba al vendedor de sardinas, al panadero, al frutero, a las comadres que salían a la puerta, a la cabra de ojos oscuros, al carretero que recogía los restos de hierro o de ladrillos y gritaba por las calles: tenía una voz gutural que llegaba desde lejos, como el llamado de la *cupa cupa*.

Mi madre se deslizaba lentamente para quitarse de encima los ojos de la Cimmiruta, una vieja fea y desdentada, con una joroba grande que la obligaba a mirar continuamente hacia abajo. La vieja escrutaba a mi madre de torcido, con el rostro deformado, mientras vaciaba el orinal sobre el vertedero de piedra por el que pasaban las ruedas del remolque. Cuando Angelina, mamá y yo pasábamos delante, ella escupía la tierra, envuelta en un chal marrón que escondía de la vista el orinal. Y mi madre debía esquivar también los ojos del barón Personè, el dueño de todas las tierras de Copertino, que era impetuoso como

un caballo de raza, proclive a la cólera y a la melancolía, pero cuando la veía sonreía como un niño e inclinaba la cabeza como hacen los campesinos cuando se lo cruzaban a él. Nonna Assunta decía que en la familia teníamos esa condena, la belleza de nuestra madre.

Una condena que le tocaría en suerte a mi hermana.

Cuando Angelina nació, Giulietta, la comadrona que había traído al mundo a todos los bebés de Copertino y a muchos otros los había enviado al más allá con infusiones de perejil y la aguja de tejer, sentenció: “Esta niña tiene los ojos moriscos de la madre”. Luego me había mirado, la boca delgada se le había arqueado en una ligera sonrisa: “Pero tú, *piccerella*, pequeña, no tengas miedo, acércate, mira a tu hermana”. Me acerqué con pequeños pasos. Giulietta me daba miedo. Era gordita y torpe. Los ojos oscurecidos por las pestañas espesas. También me daba miedo su marido. Todos en el pueblo lo llamaban *magghiato*, macho cabrío. Alguien había dicho que se apareaba con las cabras y Pasquina, la *makara*, la adivina —que tenía los ojos oscuros como ciertas mujeres de Oriente—, juraba también haberlo visto acoplarse con el demonio. “Tenía apariencia de mujer —andaba diciendo—. Solo que la piel era roja y desprendía fuego como las brasas. Era así, como carbón ardiente. Tenía los cuernos y la cola de un búfalo.”

2

En invierno, cuando el viento furibundo hacía vibrar las puertas y ventanas, y producía extraños chirridos por todas partes, nos sentábamos todos en círculo alrededor del fuego, Angelina, nuestra madre, nuestro padre, nonno Armando y nonna Assunta. Mi cuerpo delgado estaba entumecido. De vez en cuando, apoyaba la media sobre el piso y la losa helada me erizaba toda. Papá estaba en silencio, como nonno Armando. A veces resoplaba, como si una preocupación grave le afeara sus hermosos rasgos. En el cielo brillaba una luna redonda y límpida. Los árboles se doblaban hasta tocar la tierra. El madroño, en el patio, gemía bajo los hoscos azotes del viento. Los ojos de papá brillaban en la luz trémula de la llama. Eran verdes como los campos de Copertino en primavera. Nonno Armando lo miraba furtivamente, luego resoplaba él también. Posaba sus ojos pequeños y juguetones sobre el rostro de todos nosotros. Se metía en la boca un par de garbanzos secos y se aclaraba la voz: “¿Ya les conté de aquella vez que llegaron los ladrones a la Torre del Cardo?”, preguntaba frotándose las manos frente al fuego. Y sus narraciones cobraban vida.

En el pueblo se decía que en la Torre del Cardo, muchos siglos atrás, una banda de ladrones había escondido un

tesoro. En los relatos del nonno, los veinticuatro ladrones que habían robado el tesoro de la baronesa Maria d'Enghen adoptaban la apariencia de demonios. Me los imaginaba vagando por las tierras espesas de Murgia, durmiendo en medio de los matorrales y en los árboles, comiendo pajaritos sin plumas que encontraban en los nidos y raíces que arrancaban de la tierra. Los veía furtivos reunir el botín en la vasija oculta en la torre y lanzar su tremendo encantamiento.

“Chi se avvicina a lu tesoro du Cardu, finisce scannatu. Quien se acerque al tesoro del Cardo terminará asesinado.”

Las almas de los ladrones se agitaban alrededor del fuego como sombras negras, con los cabellos largos y las barbas peludas, las cabezas adornadas con cuernos. También estaba el demonio con rostro de mujer y la piel roja y humeante como las brasas. Yo cerraba los ojos. Sentía que los brazos y las piernas se me congelaban. Nonno Armando tenía el don de la narración. Mi padre, el del silencio. Nonna Assunta, la sabiduría campesina. Mi madre y mi hermana, la belleza. ¿Y yo? Todavía a mi don tenía que descubrirlo. Durante gran parte de mi infancia, solo me dediqué a observar.

Era un domingo de invierno cuando el nonno nos llevó a Angelina y a mí a ver la Torre del Cardo. Yo tenía alrededor de ocho años.

“También yo quiero ser baronesa”, dijo categóricamente mi hermana.

Se paseaba con las manos en la cintura, el mentón hacia arriba, como si quisiera sentir el aire. El campo a su alrededor era una tierra densa en árboles y arbustos. Traté de mirarlo hasta donde pude. Me pareció un pequeño universo tranquilo y agradable como una caracola, un lugar mágico que había quedado detenido en el tiempo desde muchos siglos antes. Cuatro paredes, una casita en miniatura, una puertita con arco ojival y ventanitas gemelas a los lados. La antigua mansión de la baronesa ahora era aquella.

“La baronesa Maria debe haber sido una mujer hermosísima, de cabellos largos y negros como los de mamá”, agregó Angelina, escrutando con ojos curiosos las cerraduras de la puerta de ingreso a la torre. Quizá creía que podría abrirla solo con la mirada, pero esas eran cosas que ni siquiera la *makara* conseguía hacer.

Por el contrario, yo me imaginaba a la baronesa como una mujer vieja y hosca, con el rostro desdibujado, descolorido por la soledad, y un cuello amarillo y marchito que asomaba del plisado de la camisola blanca.

—¿Pero alguien alguna vez buscó el tesoro escondido por los ladrones para llevárselo? —preguntó Angelina.

—Ah —suspiró el nonno, casi como si hablar lo debilitara. Un ligero suspiro, irritado, pero cálido, le salió de entre los dientes apretados—. Hace frío para estar aquí por mucho tiempo —se justificó.

—Vamos, nonno, cuéntanos —presionó Angelina, y dado que era imposible resistírsele, nonno Armando comenzó a

alisar una mata de hierbas, luego se acomodó allí y nos hizo sentar al lado de él.

—Un día un viejo sabio le dijo a un campesino valiente que, para encontrar el tesoro del Cardo, habría que llegar hasta la cima de la torre, la noche del Viernes Santo, con un bebé en pañales y un cordero consagrado, y que una luz lo conduciría hasta la habitación del tesoro. El campesino esperó con impaciencia el día establecido, pero acudió al lugar sin niño ni cordero, quizá porque estaba convencido de que habría debido sacrificar al pequeño o quizá porque, siendo la noche de los sepulcros, no habría encontrado ningún sacerdote que pudiera bendecir al animal. Comenzó a subir la escalera, pero una vez que recorrió unos pocos escalones, se sintió agarrado violentamente en la espalda por una fuerza desconocida y huyó atemorizado. Eran los espíritus de los ladrones, que custodiaban el tesoro e impedían a los más valientes apoderarse del tesoro.

—Ni siquiera la *makara* ha contado historias tan hermosas —dijo entusiasmada Angelina.

—Ah, sí —sonrió el nonno—. Entonces, ahora invento un juego. Ustedes me cuentan una historia.

Angelina se quedó inmóvil por un rato, paralizada, con su gran boca entreabierta y los cabellos enrulados sobre la frente.

—Te toca, Angelina —la desafié—. Eres la que tiene más fantasía.

Se aclaró la voz y se puso de pie. Ya en esa época me costaba pensar en ella como una niña pequeña. Siempre

sabía qué decir, en cada circunstancia, y tenía un modo seguro de estar en el mundo que a menudo me resultaba insolente. Solo el sueño la restituía a su edad.

Cuando nos dormíamos, las dos en la misma cama, pero dispuestas al revés, yo apoyaba el rostro sobre la mano y me quedaba mirándola. Sus sueños eran todo movimiento, agitación de los párpados, gestos en los labios, asentimientos leves en los cuales parecía estar hablando, aunque luego suspiraba y nada más, y a las palabras las depositaba en el sueño. En esos momentos, me preguntaba sobre la facilidad con la que los conceptos le salían demasiado francos, sin filtro. También yo tenía muchos pensamientos, solo que los meditaba largo tiempo. En mi mente las palabras se amontonaban y se seguían una tras otras dando vida a ideas que a menudo me parecían demasiado complicadas. En mi modo de expresarme había una suerte de vacilación, un balbuceo que terminaba por irritar a todos. Analizándolo en retrospectiva, he visto que mi problema era colocar las palabras dentro de frases más simples, más comunes y espontáneas, como las de Angelina.

—Esta historia me la contó una vez la *makara* —comenzó a decir, gesticulando con amplios círculos de las manos—. Había una vez una joven que tenía que casarse...

El nonno apoyó los codos sobre las piernas y sostuvo la cabeza en el hueco de las manos. No parecía más cansado, los ojos estaban nuevamente brillantes.

—La noche antes del matrimonio se probó el vestido de novia, salió de la casa y fue al estanque para verse en el agua. Se vio hermosa, hermosísima. Para admirarse mejor se acercó lo más que pudo. Su rostro le gustó tanto que trató de tocarlo en el reflejo. Fue entonces que vio... —tomó aliento— ¡el cuerpo grande de un sapo muerto!

—¿Y entonces? —la interrumpí.

—Apuesto a que la pobre joven no vivió mucho tiempo —aventuró el nonno.

—¿Cómo haces para saberlo? —le preguntó Angelina.

—Tocar el agua donde hay un sapo muerto trae mala suerte. Por lo tanto, estén atentas, niñas.

Angelina volvió a sentarse, pero estaba disgustada debido a que el nonno conociera ya el final de su historia.

—Ahora te toca, Teresa.

Por un instante estuve inmóvil, con la espalda curvada mirando la tierra, luego me puse de pie titubeante. Hablar frente a ellos me incomodaba, sentí una ligera pulsación que me tiraba del lado de la mejilla izquierda. Durante toda la vida, para mí eso sería el indicio precursor del malestar, el modo en el que mi cuerpo expresaba su falta de adecuación.

—Pero no tartamudees —presionó Angelina.

—Shhhh —la calló el nonno—. Las palabras las debe encontrar antes en la cabeza, luego las debe sacar hacia afuera.

Pero no lo conseguí. No me vino a la mente ningún relato.

3

Cuando el nonno Armando murió, yo tenía diez años. Era 1941. Hacía calor. Un bochorno insoportable borroneaba el azul del cielo hasta hacerlo fundirse, absorbía los gritos de los niños que jugaban en las calles a ser soldados con ramas secas recogidas en el campo. Los cricrí de los grillos, el cotorreo de las mujeres sentadas cerca de las paredes a la cal para robar un poco de sombra. El zumbido incesante de las moscas. Todo sonido me atravesaba como si fuera una muñeca de papel de seda. Todavía hoy, cuando vuelvo a pensar en ese día, siento latir una herida supurante, la acidez me quema la garganta.

Avanzábamos por la calle soleada con nuestra madre. Angelina le daba la mano y lloraba por cualquier capricho.

Un niño se detuvo frente a nosotros con su fusil de ramas secas apuntando.

—Bum, bum —dijo—. Están muertas.

Angelina se pegó a la falda de mamá. Su llanto se volvió inconsolable. Yo me detuve a mirar a aquel improvisado soldado en pantaloncitos cortos. Tenía un rostro hermoso, los labios grandes, los ojos como dos almendras. Una ceja cortada y una mata de cabellos enmarañados.

—Déjanos pasar, niño —murmuró mamá—. Hoy hemos perdido al nonno y estamos muy tristes.

—A mí no me dicen lo que debo hacer —dijo secamente, y el brazo se tensó más. La rama podía golpear, herir, hacer sangrar.

Angelina se secó las lágrimas y se le acercó:

—¿Pero qué quieres de nosotros? —preguntó insolente.

—Soy un soldado y defiendo esta calle.

Angelina llevaba un vestido corto floreado, calzaba unos suecos que me habían pertenecido antes a mí, demasiado grandes todavía para sus pies.

—Ahora nos hacen pasar —lo intimó tomándolo de la cintura con las manos.

—¿Y quién lo dice? —El niño con ojos de almendra se volvió autoritario.

—Lo digo yo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién eres?

—Soy la nieta de Mussolini —se vanaglorió Angelina elevando el mentón.

Mamá la tomó de un brazo y le puso una mano sobre la boca. El niño nos miró a los ojos. En los suyos leí el miedo. Salió huyendo. Perdió el fusil de madera, tropezó en las lajas, corrió el riesgo de caerse.

—Pero ¿qué diabluras andas diciendo? —le preguntó mamá con preocupación, pero Angelina le sonrió. Había vencido.

Retomamos el camino hacia la casa del nonno. Cuanto más avanzábamos, más me dolía la cabeza. El zumbido de cien abejas me agitaba la respiración y me hacía más lento el paso. Cerca de la plaza, un grupo de mocosos jugaba a

las bolitas. “*Duce, duce, portaci la luce. Duce, duce, tráenos la luz*”, entonaban. Mamá nos tomó fuerte de las manos a las dos. Parecía que en ese momento hasta los niños le daban miedo.

Cuando llegamos, papá ya estaba allá y un círculo de comadres rodeaba el féretro como una corona de cuervos. Nonna Assunta estaba desplomada sobre la silla. Los brazos le colgaban a los costados y la cabeza se le balanceaba de izquierda a derecha. Murmuraba palabras en voz baja, una larga letanía indescifrable. El nonno estaba vestido con el traje bueno del domingo. Le habían colocado las manos en plegaria sobre el pecho y tenía la mandíbula cerrada con un pañuelo atado bajo el cuello.

Cuando Angelina y yo éramos chicas, nonno Armando nos contaba a menudo acerca de la guerra en que había combatido, pero lo hacía pasando por alto lo peor. Nos hablaba de la comida pésima, del agua contaminada que los soldados bebían, de la disentería que los tomaba a traición, obligándolos a exponer infinitas veces su trasero como macabro trofeo para moscas y mosquitos. Con Angelina nos reíamos pensando en una larga fila de lunas redondas que brillaban en la noche.

Ahora que estábamos viviendo la guerra también nosotras, no sabría decir qué cosa exactamente representaba para mí. Al comienzo fue una presencia casi inocua. Llegaba a nuestros oídos en destellos. Sin embargo, desde que entró en nuestras vidas sin avisar, adquirí el

hábito de contar los días. Luego comencé a contar todo. Contaba los escalones que bajaba para llegar a la cantina. Los pasos que necesitaba dar hasta la plaza en via Fratelli Bandiera, donde vivía una vieja loca que rumiaba constantemente y lanzaba manojos de ensalada a los transeúntes. Contaba las estrellas y las hormigas que en filas recogían restos de comida en el patio de casa.

En ese orden medido me sentía a gusto. Conté también los minutos en los que nonna Assunta me obligó a mirar el cuerpo delgado del nonno. La piel se había vuelto amarilla, el olor se había tornado acre, como el de algo que se ha arruinado, está ajado, ya en fase de descomposición. El rostro ahuesado me pareció más similar al de papá. En esos días de luto había perdido la belleza que le daba la piel lisa y los ojos brillantes. La mirada hosca y menospreciada semejaba tanto a la del nonno Armando. Como si, envejeciendo, los dos hubieran conservado lo esencial.

En los últimos meses de vida, el nonno había perdido los pedazos de su historia. No se acordaba más de las cosas, confundía a menudo nuestros nombres, sacudiendo la cabeza y apuntando los ojos hacia el piso, como un niño sorprendido *in fraganti*. En algunos momentos lo veía absorto en la ocupación silenciosa de recoger migajas del mantel, de crisar los dedos para encerrar con firmeza en el puño lo que tenía en las manos. Era como si buscara mantener la atención en algo, de evitar que los detalles grandes y pequeños se escaparan. También él, al igual que yo, necesitaba delimitar las cosas, conocerles la secuencia

precisa. Sus últimas semanas de vida las había pasado en la habitación que olía a cigarrillos, desinfectante y orina.

Sin embargo, esos eran tiempos en los que la muerte estaba en todas partes.

El mundo de los adultos andaba tan mal que, en el fondo, un viejo más que se iba no provocaba pesar entre los habitantes del pueblo. Todos tenían parientes o amigos en el frente que luchaban todos los días contra la muerte. Todos sabían que a veces se vencía y a veces se perdía. Solo nosotros, los niños, nos sentíamos inmunes. Los varones que jugaban con los fusiles hechos con ramas y las nenas que nos quedábamos mirando. “Los niños no van a la guerra. Los niños no mueren”, nos decía siempre la nonna. De esa forma, la infancia nos protegía como un poderoso amuleto.

Poco después de la muerte del nonno, también papá partió para la guerra. Así comencé a contar los días sin él. Mamá se volvió taciturna y nonna Assunta inquieta, pero ninguna hablaba del hecho de que los hombres fueran al frente. La muerte se exorcizaba con el silencio. Zi’ Nenenna y las otras comadres del vecindario se sentaban en la puerta de sus casas a tejer, a confeccionar ropa abrigada para enviar a los soldados. De vez en cuando, mamá tomaba la foto de su casamiento y la hacía circular a todas las comadres.

“Miren cuán hermoso es —decía—, cuán hermoso es mi Nardino.”